

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR	11
1. Introducción	13
2. Mauricio Magdaleno. Vida y obra	28
3. Génesis y recepción de <i>El resplandor</i>	49
4. Análisis literario de <i>El resplandor</i>	61
4.1. Estructura	64
4.2. Temas	69
4.3. Procedimientos estilísticos y literarios	83
5. Noticia bibliográfica	93
5.1. Ediciones de <i>El resplandor</i>	93
5.2. Ediciones o publicaciones que recogen fragmentos de <i>El resplandor</i>	95
5.3. Traducciones de <i>El resplandor</i>	96
6. Nuestra edición	96
7. Bibliografía esencial	102
7.1. Mauricio Magdaleno. Selección bibliográfica (primeras ediciones)	102
7.2. Bibliografía recomendada	103
EL RESPLANDOR (1937)	109
San Andrés de la Cal	113
Saturnino Herrera	245
Los condenados	361
DOCUMENTACIÓN GRÁFICA	485

San Andrés de la Cal

1

A las diez de la mañana el páramo se ha calcinado como un tronco reseco, y arde la tierra en una erosión de pedernales, salitre y cal. ¡La tierra estéril, tirón de cielos sin una mancha, confines sin calina, ámbito en que la luz se quiebra y finge fogatas en la linde enjuta de la distancia! Los hombres, resecos, color de tierra árida, se apelonan en la esquina de *El Paso de Venus por el Disco del Sol*, donde el señor cura espera que Apolonio Juárez, el buchón¹, acabe de remachar el eje roto del guayín² que habrá de llevarlo a Pachuca³. Don Melquiades Esparza, adiposo y amarillo como un muñeco de alfarería, ahuyenta con el cotense⁴ las nubes de moscas que pululan en un zumbido como de combustión de leña verde. Por un momento, solo se oye el golpetear del martillo de Apolonio Juárez, que no ha conseguido meter el eje del guayín en las ruedas. En el caserío, las indias viejas asoman de las covachas, y un niño ictérico y chamizo se revuelca en la tierra, como

¹ *buchón*: en El Salvador y México posee el significado de «que tiene bocio». Por el contexto, parece con que el apodo conoce al personaje.

² *guayín*: automóvil de pasajeros con un espacio amplio y puerta en la parte trasera, que a veces se usa para transportar carga (DEM).

³ *Pachuca*: capital del Estado de Hidalgo, circunscripción de los Estados Unidos Mexicanos.

⁴ *cotense*: Tela burda de algodón o de cáñamo, que sirve para hacer costales, envolver alimentos o limpiar (DEM).

un lechón, tragando a puños el polvo perforado por un sinfín de huellas de guaraches⁵ y pies descalzados, de prominente dedo gordo y palma escuálida, invisible casi hasta entroncar con el nudoso talón. ¡Tierra marcada de huellas que no borra el viento, ceniza que arde y no quema los pies de otomí⁶, pies y cascos que se hunden en el horizonte de la sabana entre bodoques de boñiga, y el horizonte ígneo como un resplandor, calvo y güero⁷ de sol, tierra tétrica, tierra de ceniza y cal, tierra de eras despintadas que vomitan el salitre, tierra blanca, fina, enjoyada de la aguda erosión del pedernal, tierra y magueyal⁸ cetrinos, tierra y cuevas de adobe, tierra y delirio!

El cura de San Andrés de la Cal es un hombre que cumple ventajosamente la cincuentena, anguloso de hombros y parco de carnes. La cara, cosida a arrugas, es adusta y rígida, y los ojos brillan intensamente a mitad de sendas cuencas lívidas. Máculas cafés requintan pantalón y chaqueta, en otro tiempo negros y ahora grises, luidos y relumbrosos. Don Melquiades parece verdaderamente conmovido. Dice:

—Su presencia era lo único que impedía que este rancho fuera el infierno. Ya sin usted, yo no sé qué va a pasar. —Dio un gran golpe en el mostrador, y llamó, con voz tonante—: ¡Hesiquio! —Este Hesiquio era el sobrino, un chamaco pelado a rape y travieso como un dia-

⁵ *guaraches*: especie de sandalias toscas de cuero (DRAE).

⁶ *otomí*: grupo indígena mesoamericano cuyos antepasados ocuparon desde la época prehistórica el sur del altiplano donde hoy se encuentran el Distrito Federal, el Estado de México e Hidalgo, así como, posiblemente, parte de Puebla y Tlaxcala (DEM).

⁷ *güero*: de color amarillo o de un tono semejante (DEM).

⁸ *magueyal*: campo de magueyes: plantas pertenecientes a la familia de las amarilidáceas y al género *agave*, de muy diversas especies. Algunas especies se usan para la industria textil y del papel; otras, para la elaboración de bebidas alcohólicas como el tequila, el mezcal, el pulque, el sotol, el aguamiel, etc. (DEM).

blo. Salió renqueando. Le señaló a dos parroquianos, que esperaban en un ángulo de la tienda—. ¿Dónde andabas? ¿No te he dicho que atiendas a los marchantes cuando yo esté ocupado? —Y al tonsurado, en una rápida transición de tono y calor—: ¡Conformarse, señor cura, qué va a hacer uno!

—Eso es lo que yo digo —repuso Febronio Ramírez, algo inquieto ya por la tardanza del guayín—. ¿Usted cree que me voy nada más porque sí? Le advierto que la mitra ni siquiera me ha contestado. ¡Claro! ¡A ellos qué! Jesucristo te mandó a penar a San Andrés de la Cal, ¿no?, ¡pues sal de allí como tu santísimo Padre te dé a entender! Al cabo ellos están bien comidos, y bien vestidos. La diócesis da para eso y para más. ¡Le digo a usted que si no fuera porque está Dios de por medio, y yo obligado con Su divino ministerio, ya hace tiempo que habría largado el arpa!

Don Melquiades le mira con una sorpresa no exenta de disgusto. No es que le caigan de nuevo las palabras del cura, que este no ha regateado, por cierto, en siete años de estancia en San Andrés, no; pero, siempre que le oye maldecir y condenar a la mitra y a las autoridades eclesiásticas, sufre su dignidad de católico apostólico y romano, por cuanto se considera a sí propio vinculado al orden y a la religión que representan los señores arzobispos, obispos, canónigos y demás funcionarios de la iglesia local. Los dos marchantes, vecinos de San Juan Nepomuceno, beben silenciosamente sus mezcales⁹, con las caras bien tapiadas por el ala del sombrero. Cobró, pasó el cote por el mostrador —en el que lucían, en pública exhibición vindicatoria, tres tostones y cinco pesos

⁹ *mezcales*: bebida alcohólica que se obtiene de la destilación del jugo que se extrae de las cabezas asadas de distintos tipos de maguey (DEM).

falsificados, clavados por la mitad como sabandijas— y murmuró:

—El señor cura nunca estuvo a gusto en San Andrés... Carraspeó Febronio Ramírez, y le lanzó una miradita significativa que a las claras quería decir: ¿o no me he explicado o tiene usted cabeza de piedra?

—Amigo Esparza: yo estoy a gusto donde el Señor me pone. Pero, cuando sobra el cura; cuando no hay ni para que mal coman los indios; cuando la parroquia se está cayendo y no se consigue un centavo para repararla; cuando en el curato —para hablar en plata— faltan hasta los frijoles¹⁰, entonces, amigo, la cosa es dura. Póngase en mi lugar. ¡Lo que no deja, dejarlo! Lo que pasa en estas tierras es atroz.

—¿Cree usted?

—¡Atroz! Todo tiene un límite, y estas gentes ya lo rebasaron. Yo no puedo hacer nada: por eso me largo.

—Sin embargo, se le ha querido a usted, señor cura.

—¡Hombre, lo extraño hubiera sido lo contrario! —Y añadió, en un gesto de cansancio—: Si me quedo aquí, acabo como ellos. ¡Ya hasta hablar se me está olvidando! Quien vive en estas tierras siete años, amigo Esparza, acaba convertido en bestia. Con usted es diferente. Usted va a Pachuca, con frecuencia, habla con personas de razón, de Actopan, se entiende con las autoridades y las familias decentes de Ixmiquilpan.

—¿Y si el señor obispo no autoriza su viaje?

Febronio Ramírez se agitó, en un estremecimiento de terror. Luego sonrió, recuperando su aplomo.

—Tendrá que autorizarlo. Nada hay que hacer aquí. ¡Siete años llevo batallando... bautizando, confirmando, casando, confesando, ayudando a bien morir, y no he

¹⁰ *Frijoles*: semillas de planta leguminosa, de aproximadamente 10 mm de largo y de distintos colores, según la variedad a la que pertenezca. Crece en vainas y es parte fundamental de la dieta de los mexicanos (DEM).

conseguido unos centavos para ponerle unas vigas a la parroquia! Y ni modo de exigirlo, si usted está viendo que los infelices revientan de hambre. ¿Cuándo he eludido mis deberes, quiero que me diga? ¿Cuándo? Que a media noche se está muriendo uno de San Felipe: pues allá va el señor cura, rezongón y diligente. Que el catecismo, todos los sábados, de tres a cinco... que las cuatro misas cada domingo, y a veces no cuatro, sino cinco o seis, a dos o tres leguas una de otra... Regresar a las cuatro de la tarde, rendido, y encontrarme con que no hay qué comer... ¡No, amigo! Y no es todo. Échele encima los pleitos en que me he metido a lo macho, sin conseguir nada, por supuesto... ¡Lo de ayer fue espantoso!

Se limpió el sudor, calado de emoción, y estalló en un violento ataque contra la superioridad:

—¡Acuérdese de lo que le digo! Si la mitra no entiende sus deberes, nuestra santa religión está próxima a acabar en México.

—Usted sabe lo que hace, padre. —Coligió un resquicio de esperanza, y propuso—: Si se conformara con lo que tiene un pobre, le ofrecería mi casa, con tal de que no nos deje.

El cura Ramírez se agitó, visiblemente molesto por el giro de la charla. Se asomó a la puerta, y preguntó a alguien:

—¿Qué pasa con el guayín?

—Ya merito, señor cura —respondió un indio viejo, de barba rala y ceniza.

Se volvió al de *El Paso de Venus por el Disco del Sol*, asegurando:

—Eso sería lo de menos, amigo Esparza, viéndolo bien. De todos modos, se le agradece. No. Esto no tiene remedio. Los indios se van a acabar unos con otros. ¡Pa-

rece que se eliminan matándose para dejar el campo a los menos que sea posible!

—Mientras menos burros, más olotes¹¹. ¿Verdad?

La indiada se hendió al paso de Apolonio Juárez, que al fin se había salido con la suya. Se alzó un murmullo confuso, como el de una manga de aves que se cierne sobre la milpa¹², y a la manera de una piedra que rompe las aguas al caer, en un estrépito que conmueve los contornos, una voz de mujer chilló:

—¡No nos abandone, padrecito!

Estaban hacinados en manada, hacia las dos caras de la tienda, con los sombreros de petate¹³ en las manos los hombres y las mujeres mordidas por un gesto de terror. Los calzones y las camisas de manta trigueña pardeaban en la indefinible coloración de la tierra. Los rebozos¹⁴ y los machincuetes¹⁵ detonaban, sombríos, como manchas de pasto quemado cuando se calientan las eras. El párroco explicó, sin dirigirse a nadie precisamente:

—Ya les dije que vuelvo para Todos Santos, si sé que se han portado bien.

Rezongó, a su espalda, la voz de Melquiades Esparza:

¹¹ *olote*: parte dura y central de la mazorca del maíz sin considerar los granos (DEM). Sin embargo, esta oración es un proverbio mexicano que se refiere a que cuanta menos gente haya para la repartición a más cantidad se toca.

¹² *milpa*: tierra donde se cultiva el maíz y, a veces, otras plantas (DEM).

¹³ *petate*: tejido hecho con tiras de hoja de palma o de tule, de forma rectangular, que tiene diferentes usos y sobre el que suelen dormir las personas humildes, particularmente en el campo (DEM).

¹⁴ *rebozos*: bandas anchas y largas, de tela o tejida, con que las mujeres, particularmente las campesinas y las indígenas, se cubren la espalda, el pecho y a veces la cabeza, y que también utilizan para cargar a sus hijos pequeños (DEM).

¹⁵ *machincuetes*: faldas de enredos que se envuelven alrededor del cuerpo (glosario en: Magdaleno, M., *El resplandor*, Madrid, Editorial Anaya & Mario Muchnik - Ayuntamiento de Málaga, 1992, edición de María del Mar Paúl Arranz).

—¡Se cree que entienden así estas bestias! —Se acomodó junto a la puerta, y recriminó al vecindario—: El señor cura se va porque no puede más con tantas atrocidades. Si no fueran ustedes la manada de bárbaros que son, no estaríamos llorando ahora su partida.

Febronio Ramírez miró con tristeza al rebaño; Apolonio Juárez apareció, cabestreando al macho del guayín. Uno por uno le fueron besando la mano, desde Melquiades Esparza y su mujer y su sobrino hasta la última de las indias. Trepó de un salto al carricoche, en el que ya se amontonaban dos maletas, y gritó:

—¡Que Dios los bendiga! —Y al del pescante—: Pasa por San Felipe, hijo. Tengo que despedirme, también, de ellos.

Cruzaron el camino real, bajo los mezquites¹⁶ de la plaza que azotaron la capota, y el guayín ganó el polvoroso sendero de San Felipe Tepetate, hacia el lado de La Brisa. El comerciante refunfuñó, dirigiéndose a los indios:

—¡Hasta Dios nos abandona! —Y antes de volver espaldas para zambullirse detrás del mostrador—: ¡Ustedes lo han echado con sus crímenes... hatajo de indios degenerados!

Una mujer de cara arrugada y trenzas negrísimas resumió la tristeza de sus gentes en una explosión que apenas fue perceptible para los que estaban a su lado:

—¡Qué más podemos perder ya!

—¡Que venga lo que Dios disponga! —contestó el viejo de la barba rala y ceniza.

Todos se persignaron, sin calcar las caras un asomo del punzante dolor que se abatía sobre los hijos de San Andrés de la Cal. Caras cobrizas, color de rastrojo reseco,

¹⁶ *mezquites*: árboles de la familia de las leguminosas que pueden alcanzar gran altura; tienen ramas espinosas y dispersas (DEM).

en las que el dolor no llega nunca a estallar en gesto, ni siquiera en rictus. Oscuros ojos refulgentes de las mujeres, que sufren y no reclaman nada, a veces inocentes como los de las bestias y otras emboscados y recelosos. Bocas de gruesos labios estriados por los vientos áridos y punzadores como la gleba de las eras sacudidas por la tolvanera; raídos bigotes de guías hirsutas, pelambres lustrosas e indóciles como la flora del cactáceo que adorna con adorno angustioso el páramo; voces suaves en que se dice el amor, la querella pasional, el odio y la charla trivial de las noches de los agostaderos. La servidumbre secular ajoba de misterio las palabras, y la voz se torna susurro y sumisión al destino inexorable. En el remoto ayer las hordas sintieron el peso aplastante de la cruel explotación del blanco, y desde entonces, a través de tantos años como los luceros de las noches de San Andrés, no ignoran que es inútil rebelarse. Ojos que han agotado el llanto, voces confidenciales y mustias, indiferencia que es como la ceniza que cubre un leño hecho ascuas. La vida se anuncia en el vientre de las mujeres sin un espasmo de tortura, y la muerte es un incidente que sorprende a los jóvenes y a los viejos sin malograr una faena o interrumpir un caudaloso acceso de energía. La energía, en la tierra del otomí, se reconcentra en longevidad y en monstruoso mimetismo con el mineral y el cacto. Cincuenta, cien años, son nada, un minuto en la existencia del páramo. Donde nunca floreció la esperanza de algo, tampoco tiene razón de ser la medida de nada. Allá, tras lomita, dice el indio, y quien inquiera corre días y días y no alcanza el sitio buscado. Tras lomita, dentro de veinte años, y la voz repite la monótona naturalidad de un paisaje sin fronteras y que por lo mismo es ajeno a la noción del tiempo y el espacio. Veinte años... toda una vida, que a fin de cuentas no suma sino ochenta, noventa o cien, cuando bien va...

¡qué más da para quienes no pueden conjugar los nerviosos resortes de la conciencia... para quienes el nacer y el morir no son más que los cabos de una suerte tremenda! Ni la piedra, ni el nudoso órgano, ni el mezquite se quejan. ¿Por qué habían de quejarse? El otomí solo sabe que su muerte será menos sentida que la de la mula o el buey que dan el sustento a una familia. Los ojos columbran las distancias y las bocas callan. El cura los abandonaba, Dios los abandonaba, como decía don Melquiades... ¡ya se acostumbrarían, también, a pasársela sin ellos!

Una voz vació como un lamparón de aceite su zozobra, lloriqueando:

—¡Diosito no nos quiere!

—El pobrecito señor cura ya no aguantó más —dijo Bonifacio, el de la barba rala y ceniza, el único que en San Andrés acababa de cumplir noventa y dos años—. Este es un lugar de condenados.

Corearon, sórdidamente, muchos rezongos:

—Condenados... solos... hambre... muerte... solos... hambre... muerte... solos... condenados...

Una mujer gimió, señalando *El Paso de Venus por el Disco del Sol*:

—El patrón dice que nosotros echamos al padrecito.

—Que porque nuestros hombres se matan con los de San Felipe... —concluyó otra, cacariza¹⁷ y débil.

La vieja de las trenzas negrísimas las interrumpió:

—Vayan a darle una vueltecita a los muertos. ¡Esos sí están muy solos!

Se volvieron rumbo a los jacales¹⁸ las dos mujeres, atravesando el camino real en un trote menudo y rápido

¹⁷ *cacariza*: persona que tiene la cara llena de cicatrices como hoyitos, dejadas generalmente por la viruela (DEM).

¹⁸ *jacal*: casa pequeña y humilde, generalmente de un solo cuarto, construida con adobe, carrizo u otros materiales semejantes y con techo de paja (DEM).

a la vez. Bonifacio, con los ojos clavados en la lejanía donde desapareció, entre vaharadas de tierra, el guayín del cura, no chistó más. Ni pensaba, ni agitaba en el corazón impulsos o inconformidades, ni recordaba, ni añoraba. Simplemente, era una erosión más de la tierra calcárea, en el violento incendio de la solana. La cara curtida no filtraba un hilo de luz. Allá, muy hondo, en las turbias anfractuosidades del ser —en el punto en que se encuentran la inocente ignorancia de la bestia y la caliente ebullición de la conciencia— le pesaban, como un agobio que se carga en la faena, sus noventa y dos años acabados de cumplir. Al menos, eso decía don Melquiades, que sabía hacer sus cuentas y de repente estaba de buen humor. Tres días antes, le ayudó a cambiar una puerta de la tienda, que ya se caía de puro vieja, y le hizo la pregunta de siempre: «¿Cuántos años tienes, Bonifacio?» «Pues quién sabe, patrón». El comerciante porfió esta vez, y se intrincó en lo más tupido del pasado para aclararle la verdad. «A ver. A ver. Dices que naciste el día de San Vicente, ¿no? Muy bien: el diecinueve de julio, y el año en que murió don Alberto Fuentes. Eso sería allá cuando el cólera grande llegó a San Andrés. El año del cólera y la muerte de don Alberto, que en paz descanse». Hizo números, los borró, rehízo mentalmente sus cálculos, con el lápiz entre los dientes, y no se dio por vencido. «¡Me lleva el tren! Eres más viejo que los cuervos. Tienes noventa y dos años». Dijo noventa y dos, naturalmente, como pudo haber dicho ochenta, cien o ciento veinte. En realidad, no había sacado en claro nada. Lo del cólera grande no pasaba de ser una mera presunción; la referencia bien pudo aludir a una escarlatina, una peste de tifo o cualquiera otra calamidad. Pero Bonifacio llegó muy orondo a contarle a Lugarda que tenía noventa y dos años, y que el amo don Melquiades le había sacado por fin su edad. Por cierto que Lugarda contestó con un